

LA PRIMERA GUERRA CARLISTA EN EL NORTE

Julio ALBI DE LA CUESTA¹

RESUMEN

En la terminología convencional de las guerras carlistas, por el Norte se entiende el teatro de operaciones que abarca los tres provincias vascas y Navarra. Durante la primera de esas guerras, fue uno de los principales teatros de operaciones, junto con el Centro y Cataluña, pero entre 1833 y la segunda mitad de 1837 fue de mucha mayor importancia, sobre todo por la presencia de Zumalacárregui, durante parte del periodo, y del propio don Carlos. Fue, también, y hasta 1839, el objetivo principal del Ejército cristino. Las hostilidades terminaron con el Convenio de Vergara y el paso de don Carlos a Francia, con las últimas fuerzas leales que le quedaban combatiendo hasta la misma frontera. La guerra duró allí, pues, seis años, con incesantes combates, desde batallas a sitios, y una permanente guerra de guerrillas. Desde luego, un corto artículo como este solo puede pretender despertar interés por una materia fascinante, que anime a lecturas más profundas.

PALABRAS CLAVE: España siglo XIX. Primera Guerra Carlista. Ejército. Isabel II. Infante don Carlos. Tomás Zumalacárregui.

¹ Embajador de España; correspondiente de la Real Academia de la Historia.

ABSTRACT

In Carlist Wars parlance, the «North» was, basically the area defined by the three Basque Provinces, Guipuzcoa, Alava and Biscay, together with Navarre. During the First War, it was one of the main theaters of operation –the «Center» and Catalonia being the others–, but between 1833 and the second half of 1837 it had far more importance than the other two, mainly by the outstanding leadership of Zumalacárregui and the presence in the region of don Carlos himself, and it remained, till 1839, the main objective of the Liberal Army. Hostilities ended through the Bergara Convention, and with don Carlos crossing the border to France, with the few loyal troops marching with him firing their parting shots on the very border. During six years the war had raged, with nearly constant strife, from battles to sieges, and from sieges to incessant guerilla warfare. Obviously, such a short article as this can only hope to be a primer, to encourage further reading on a fascinating subject.

KEY WORDS: Spain XIX Century. The First Carlist War. Army. Isabel II. Infante don Carlos. Tomás Zumalacárregui.

* * * * *

Preámbulo

Antes de entrar en materia, y sin perjuicio de que el asunto pueda haber sido tratado en otro lugar, conviene hacer una breve referencia a la posición de partida de los contendientes. Es evidente la disparidad de medios humanos y materiales entre ambos, con una abrumadora superioridad para los liberales, pero quizás se pueda matizar algo esa afirmación.

Cuando Fernando VII recuperó el poder absoluto, merced sobre todo a la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luís, adoptó la inusitada decisión de disolver al Ejército. Los resultados se pueden apreciar en el *Estado Militar* de 1825, donde en Infantería de línea solo figuran 8 regimientos, designados solo por su número, sin nombre, en contra de la tradición española, y todos ellos, «creados» [sic.] en virtud del Reglamento de 23 de abril de 1824. Cada uno responde a la amalgama de unidades levantadas «en defensa del Rey, Nuestro Señor» con singulares denominaciones; así, el n.º 1 se formó con los batallones Fernando VII, Provisional del Rey, Provisional de la Reina, 2º y 3º Cántabro y 2º Guipuzcoano. Algo parecido sucedió en Caballería; en 1826 todavía seguían existiendo 8 regimientos calificados de «provisionales».

Parece que, paulatinamente, las autoridades se percataron de la enormidad de la drástica medida; en 1827 se asignan nombres tradicionales a los cuerpos y dos años después se recuperan las viejas antigüedades, recurriendo a la ficción de que el reglamento citado y otros posteriores «reorganizaron» –ya no se dice «crearon»– las unidades. En todo caso, por mencionar un solo caso, pretender que el nuevo Regimiento Zamora n.º 7, constituido por batallones con tan singulares nombres como Guías Leales al Rey o Priorato, tenía alguna relación con el original, formado en 1580, no resiste el menor análisis.

Si el Ejército había perdido así sus tradiciones y su solera, la composición del cuerpo de oficiales no era la más adecuada para devolver el lustre de tantos siglos borrados de un plumazo. En efecto, agrupaba hombres de muy distinto origen: profesionales, que habían sobrevivido a la purga de elementos liberales que se llevó a cabo; ex guerrilleros de la Guerra Independencia; mandos de las tropas improvisadas para defender los derechos absolutos de Fernando VII, a los que se reconoció hasta dos grados, y aquellos procedentes de las campañas de Emancipación de América, conocidos como *tigres*, por la crueldad que se les atribuía. Más común era el apelativo de *ayacuchos* con el que se designaba a estos, aunque muchos, incluido Espartero, el principal, no participaron en esa batalla.

Para dar un ejemplo de tan contraproducente disparidad de orígenes y formación, bastará mencionar algunos de los generales que actuaron en el Norte: Espoz y Mina era un labrador, antes de emprender la carrera de las armas; Quesada, en cambio, era un profesional, que sirvió durante gran parte de su vida en la más distinguida de las unidades, la Guardia Real, cubriéndose de gloria, y de heridas, junto al brillante 4º de Walonas en Gamonal, el 10 de noviembre de 1808. En cuanto a Rodil, se trataba de un estudiante, enrolado en el Batallón Literario, de Santiago de Compostela, que ganó sus espuelas en América, distinguiéndose en la célebre defensa de El Callao, en las proximidades de Lima, donde se mantuvo meses después de que el Ejército realista de Perú hubiese capitulado.

Parece evidente que, a pesar de todos los esfuerzos reformistas de Zambrano, unas Fuerzas Armadas así formadas ex novo y así compuestas tenían que adolecer de serios problemas de cohesión y de instrucción. Contribuyó a empeorar la situación, como señaló el ministro de la Guerra, Zarco del Valle, en su *Exposición* a las Cortes de 16 de agosto de 1834, el hecho de que cuando estalló la Primera Guerra Carlista se acababa de licenciar la quinta de 1827, y no habían incorporado todavía los reemplazos, de forma que el Ejército regular estaba reducido a poco más de 55.000 plazas.

Un problema adicional era que, debido a la guerra civil en Portugal, en la que se disputaban el trono dos hijos de Juan VI, don Miguel y don Pedro, absolutista el uno, liberal el otro, fue preciso desplegar en aquella frontera, tan alejada del Norte, el grueso de las tropas disponibles. El horizonte se complicará cuando, a la muerte de Fernando VII, don Carlos, que se encontraba en el vecino país –expulsado, según algunos, por voluntad propia, estiman otros– proclame sus aspiraciones al trono de España, lo que obligará a prever una invasión por aquella frontera.

En cambio, en el futuro teatro de operaciones, Bilbao carecía de guarnición; en Vitoria, no llegaba a los 200 hombres, y en San Sebastián y en Pamplona eran tan cortas que cuando se rompieron las hostilidades solo se pudo enviar a operaciones fuera de cada una de esas capitales al equivalente de un batallón, y aun así en la segunda de ellas eso obligó a clausurar tres de las puertas por falta de efectivos para guardarlas. En puntos adyacentes, la situación no era mejor: Logroño no disponía de tropas; la ciudad de Santander contaba nada más que con una compañía de Carabineros, y Burgos apenas se podía defender a sí misma.

Las fuerzas no estaban, además, en las mejores condiciones. Sarsfield, al mando del Ejército de Observación de Portugal, en teoría la más sólida agrupación de tropas, describió su caballería como «los únicos tres llamados escuadrones que tengo» mientras que un batallón, como el III del Regimiento Príncipe solo contaba con 150 plazas; en Pamplona, a causa de los licenciamientos, hubo que agregar infantes al servicio de los cañones, a falta de suficientes artilleros; cuando, al fin, se formó un ejército de operaciones para actuar en el Norte, se constituyó con «muchos cuerpos, pero todos en cuadro y algunos sin instrucción» y «de insignificante fuerza» menos de la mitad de la reglamentaria.

Un importante complemento del Ejército regular eran los 42 batallones de Milicias Provinciales, pero no todos estaban sobre las armas cuando estalla la guerra, y algunos, como el de Ciudad Rodrigo, se hallaban «en esqueleto y sin instrucción», en «un estado de nulidad absoluta». El de Trujillo, por su parte, excepto las dos compañías de preferencia, el resto eran «reclutas y gente sin instrucción».

Por otra parte, algunas unidades no inspiraban confianza. En el selecto 4º de Guardias hubo que apartar algunos mandos, en Burgos, cuando marchaba hacia el teatro de operaciones, y lo mismo se hizo en el Provincial de Trujillo, del Ejército de Observación. Del Provincial de Laredo, se tenían «malas noticias» de varios oficiales; lo mismo era aplicable al de Ávila, procedente de Aragón, hasta el extremo que se solicitó su relevo. El mal perduraría largo tiempo; un informe policial llegó a denunciar que «los

alabarderos están casi todos dedicados a seducir a los coraceros y a los cazadores a caballo» para que se pasasen a los carlistas. Teniendo en cuenta que esos tres cuerpos pertenecían a la Guardia, la noticia da idea de la fiabilidad muy relativa de muchas unidades.

Tal, pues, era el estado de cosas, en octubre de 1833, cuando empiezan a menudear los alzamientos carlistas. Así se explica que Bilbao, Vitoria y Logroño fueran cayendo sucesivamente en sus manos, sin disparar un tiro.

El principal instrumento de que se valieron los sublevados fueron los cuerpos de voluntarios realistas, creados, dice su reglamento de 1826, para «combatir a los revolucionarios y conspiradores, y exterminar la revolución y las conspiraciones de cualquier naturaleza y clase que sean»; «los revolucionarios y los conspiradores serán considerados por estos cuerpos en la primera línea de los malhechores o criminales públicos». Reunían, sobre el papel, varios cientos de miles de hombres, pero muchos no estaban armados ni equipados, y en algunas regiones, como Cataluña, se habían tomado antes de la guerra medidas para su disolución, precursoras de las que se adoptarían con carácter general el 25 de octubre de 1833. Su preparación también era muy relativa, ya que solo se instruían los fines de semana, pero, con todo, sí constituían una fuerza suficiente para hacerse, como se acaba de ver, con una ciudad sin una guarnición mencionable, lo que hicieron los dos batallones que había en Bilbao.

Por otra parte, en el País Vasco, y debido a los fueros, tenían una organización especial, recogida en una *Adición al Reglamento* ya citado. En virtud de ella, esos voluntarios, con el nombre de Paisanos Armados, no estaban sometidos al mando militar, y dependían de las diputaciones respectivas, que designaban a sus mandos, fijaban el sistema de financiación, podían elegir detalles de uniformidad e incluso proponer sus propias banderas. Así pues, esas fuerzas, aunque con sus grandes limitaciones, podían constituir el embrión de un ejército, al margen del regular. Navarra disfrutaba también de su propia normativa, publicada en 1831, que concedía un grado menor de autonomía a las autoridades locales.

El número de los alzados no fue, en absoluto, desdeñable; en 1834 se estimaba en más de 40.000. Por limitarnos al área comprendida en este trabajo, en Navarra, sus Cortes de 1828–1829, de signo moderado, fijaron el número de efectivos en 2.500. En Vizcaya, en cambio, había unos 13.000, en 18 batallones, y en Guipúzcoa, 5.000, de los que fuentes liberales calculaban que 800 eran hombres aguerridos en las guerras de Independencia y de 1822, mientras que Álava contaba, solo en la casi desguarnecida capital, con 2.000. El 14 de octubre de 1833, un correo de gabinete detenido vio 3.000 en Vitoria, y en Miranda de Ebro dos batallones de 600 a 700 plazas cada

uno, «bien uniformados y armados» con dos cañones. Respecto a regiones aledañas al Norte, pero que influyeron directamente en las operaciones allí, se puede mencionar que en Castilla la Vieja se levantaron unos 10.000, a las órdenes de Merino, y 5.000 en la Rioja.

Esta era, pues, y de forma muy sucinta la situación de partida de los dos contendientes, en las primeras semanas del conflicto. Naturalmente, mucho más precaria en el lado carlista, pero tampoco demasiado halagüeña en el de sus contrarios.

«SE MULTIPLICAN DEMASIADO LAS ATENCIONES»

La falta de energía del gobierno de Zea Bermúdez, enfrascado en un evanescente «despotismo ilustrado» y casi tan receloso de los absolutistas como de los demasiado liberales, tampoco contribuyó a evitar que la cadena de levantamientos se propagara, como se dijo en la época, como «una corriente eléctrica».

Por otro lado, el escalonamiento de estos –2 de octubre en Bilbao; el 7, en Vitoria y Logroño– y la lentitud de las comunicaciones, complicada porque los alzados desde un primer momento interceptaron las diligencias y se adueñaron de los caballos de posta, complicó la respuesta del Ejército a la multiplicación de «atenciones». Así, el 5, y para sofocar el primero de ellos, el capitán general de Guipúzcoa, Castañón, sale de San Sebastián con 500 hombres del Regimiento San Fernando y una pieza. Sin embargo, el 8, al enterarse de lo sucedido en Vitoria, decide hacer alto en Tolosa. En Madrid se forma la llamada Brigada Real, de solo el 4º de la Guardia y el Regimiento de Cazadores a Caballo de la misma, a las órdenes de Santiago Wall, conde de Armildez de Toledo, con instrucciones de marchar hacia el Norte. En un principio, se la consideró suficiente, pero, en seguida, la evolución de los acontecimientos obligará a detenerla, para reforzarla.

De ahí que, ante la cadena de alzamientos, el gabinete, dispusiera que Sarsfield, el general en jefe del Ejército de Observación de Portugal, desplace su cuartel general a Salamanca, como medida preventiva, sin por eso dejar de vigilar la frontera. A su vez, Antonio Solá, el virrey en cargos de Navarra manda al brigadier Lorenzo que se dirija contra Logroño, con 400 hombres del Regimiento Córdoba, del que es coronel, el Provincial de Sigüenza y algunos caballos de Albuera, pero eso, ante la falta de efectivos, le imposibilita atender a las solicitudes de ayuda que desde Tolosa le hace Castañón. Al tiempo, esa medida, le circunscribe, en su criterio, a mantenerse dentro de los muros de Pamplona, sin poder atender a otros focos como el que enciende, el 12, el teniente coronel Eraso, al pronunciarse en Roncesvalles.

Ese mismo día, el gobierno oficia a Sarsfield. Agobiado ante la perspectiva de enfrentarse, a la vez, a una sublevación en la frontera portuguesa, dirigida por don Carlos y la crisis en el Norte, que está adquiriendo creciente gravedad, ha decidido sofocar esta en primer lugar. Por eso, instruye al general al que confía el mando de ese teatro, que se dirija a Miranda de Ebro, y que envíe en esa dirección tropas a la ligera. Pero en esas fechas, todo son malas noticias para Madrid; el 14, Merino sale de la curiosa apatía que ha mantenido hasta entonces y se une al alzamiento, arrastrando a miles de hombres con la magia de su nombre, y cortando las comunicaciones entre el Ebro y Burgos.

El 15, Wall está en dicha ciudad, donde queda espantado ante la «nulidad» de las autoridades y el «mal espíritu» de la población. Además, su famosa brigada se reduce, en realidad, a solo 600 granaderos, y 160 cazadores a caballo, y solo entonces se percata de que apenas dispone de municiones.

Pero el 16, hay un rayo de esperanza. Una *Gaceta Extraordinaria* proclama que el 11, Lorenzo ha batido en Los Arcos a Santos Ladrón, un general destinado de cuartel en Valladolid, de donde escapó para ir a Logroño. Allí, reunió un contingente que dirigía sobre Navarra. Asegura el vencedor haber causado «un gran número de cadáveres» y cogido 32 prisioneros, entre ellos Ladón de Cegama, que será fusilado. Hay que precisar que para la generalmente fiable *Galería Militar Contemporánea*, solo hubo «algunos muertos». Las pérdidas propias han sido, dice, dos de estos y 12 heridos. Llevado por el alborozo, el gobierno le ascenderá en el acto a mariscal de campo, y concederá un grado a todos los mandos de la columna, de coronel a cabo. Insensatas medidas de ese tipo, y no será la última, contribuirán a desmoralizar al Ejército, y a elevar a mérito el simple cumplimiento del deber.

Hasta el 18, Sarsfield no sale de Salamanca, para ir a Burgos, vía Valladolid, aunque ha enviado tropas por delante como se le ordenó. Llega el 24 a su destino, y aún entonces estima que «el enemigo es muy superior en número» en referencia a los castellanos de Merino que le cerraban el paso, que incluso se temía intentasen asaltar la ciudad. Debía esperar, pues, a que se le reunieran todas sus fuerzas antes de atacar la concentración que había en Briviesca. Resulta singular, a este respecto, la tendencia de los jefes liberales a sobrevalorar a sus enemigos. Como se había visto en Los Arcos en otros combates anteriores, y en los que se sucederían en esta primera fase, las agrupaciones carlistas, en general faltas de instrucción y de disciplina, se aventaban habitualmente con facilidad, y a costa de muy pocas bajas.

Lo acababa de demostrar Castañón, que el 22 derrotó, afirma, a 3.600 contrarios, que dejan «algunos cadáveres» según el parte de la *Gaceta* del

31, mientras que él pierde solo un muerto y 10 heridos. Es muy notable que en la acción se distinguió el recién llegado coronel Jáuregui, viejo guerrillero, con dos compañías de guipuzcoanos irregulares, prueba de superioridad, en esa clase de guerra, de las fuerzas locales sobre las regulares.

En paralelo, Lorenzo, explotando su éxito de Los Arcos, marcha sobre Logroño. El 26, derrota tras breve combate a don Basilio García, comandante de Voluntarios Realistas y administrador de bulas, que manda a cerca de mil riojanos. Asegura que les causa más de 100 muertos, y que coge 80 prisioneros. Sus pérdidas, en cambio, se reducen a seis de los primeros y 18 heridos, una prueba más de la escasa capacidad de resistencia de sus enemigos. Rescata, también, a 47 cazadores del Provincial de Álava. Pertenecen a la compañía de cazadores de este regimiento, procedente de Aragón, que se habían dejado capturar sin defenderse, una muestra de su escasa calidad. Con la exageración habitual en la época, y a pesar de las escasas bajas propias, Lorenzo afirmó en su parte, publicado en la *Gaceta* citada, que había sufrido «un fuego horroroso». El mismo 26 entra en la ciudad, pero, en lugar de perseguir a los carlistas, que se dispersan, se dedica a fortificarse.

Lo mismo hace Sarsfield en Burgos, como si tuviera enfrente al ejército de Napoleón, para desesperación del gobierno que le recuerda «las trascendentales consecuencias» de su pasividad. Llega un momento en que el general presenta su dimisión, consciente de las críticas que llueven sobre él, acompañadas de sospechas sobre su lealtad. Dadas sus simpatías políticas, en efecto, parece que si don Carlos le hubiese invitado a cambiar de bando lo habría hecho, pero el infante no dio ese paso.

En el entretiempos, ya es principios de noviembre, Castañón, que lleva semanas paralizado en Tolosa, es derrotado cuando se atreve a acercarse a Azpeitia, y tiene que acogerse precipitadamente a San Sebastián, donde queda bloqueado. Su vencedor es Bruno Villarreal, un joven ex teniente de la Guardia Real, cuerpo que daría excelentes mandos a los carlistas. Naturalmente, el revés causa pésima impresión en las filas liberales.

Por fin, el 12, Sarsfield anuncia su salida a campaña, con 3.150 infantes, 237 caballos y 4 piezas. Ha permanecido, por tanto, 19 días sin emprender ningún movimiento significativo. El retraso, alega, se debió a «la inexperiencia y sobrada presunción» del oficial de ingenieros encargado de la fortificación. A la postre, solo se erigió una «casa fuerte».

Lo que sigue, después de tanta espera, es un anticlímax. Los miles de hombres de Merino, ya muy desgastados por la desertión, se dispersan sin apenas pegar un tiro ante la vanguardia liberal. Así, en Beldorado, 5.000 huyen, tras solo sufrir 8 muertos. El 19, Sarsfield entra en Logroño. Al día

siguiente, 1.500 carlistas son ahuyentados en Peñacerrada, a costa de dos muertos y seis heridos liberales, afirma la *Gaceta Extraordinaria* del 25; el 22, Vitoria cae, y Bilbao, el 25.

A la vista de tan fáciles triunfos, es legítimo preguntarse si estaban justificadas las dilaciones y timideces de los mandos de la reina, que por esas fechas experimentan cambios. Sarsfield recibe órdenes de hacerse cargo del virreinato de Navarra, para el que había sido nombrado meses antes, y es sustituido por Valdés, general con brillante hoja de servicios en América. Por cierto, este, es interceptado en su marcha para hacerse cargo del mando el 3º batallón carlista de Bilbao, con 600 plazas. Aunque solo lleva de escolta una compañía de la Guardia, 21 cazadores a caballo de la misma y ocho artilleros, también de la Guardia, lo puso en fuga, tras infringirle nada más que «varios muertos» y sin tener él pérdidas.

ZUMALACÁRREGUI

Esos éxitos liberales se verán contrapesados por una información transmitida el 6 desde Pamplona: «el coronel ilimitado don Tomás Zumalacárregui ha desaparecido de esta plaza hace unos cuatro días, abandonando a su mujer y familia».

Entraba así en la palestra un hombre que cambiará el curso de los acontecimientos. Se trataba de un veterano de la Guerra de Independencia, donde, entre otros, había servido con Jáuregui, y de la campaña realista, a las órdenes de Quesada. Su actuación en ellas no fue especialmente notable, pero sí adquirió una merecida fama por sus dotes de organizador. Estos, unidos a un carácter decidido y ordenancista y un gran valor personal, le permitirán forjar un temible instrumento militar. Habría que añadir que poseía un instinto especial para la guerra de guerrillas, pero también, y esto es esencial, para comprender que con ella no sería suficiente para ganar la contienda, y que debía llevar a cabo la difícilísima transición de ella a una guerra regular, sin dejar de combatir mientras lo hacía.

También se debe considerar, y no es desdoro, que la inercia de sus adversarios le ayudó; de ahí que hayan sido precisas las páginas anteriores para reflejar el estado de cosas existentes cuando la guerra empezó a adquirir carta de naturaleza, y el coste para la causa liberal de la proliferación de alzamientos, la mala calidad del generalato y el deficiente estado del Ejército. En Navarra, en concreto, la pasividad de Solá había permitido a los carlistas empezar a esbozar una cierta organización a sus fuerzas, que el 14 de noviembre, cuando Zumalacárregui asume el mando,

contaban ya con tres batallones. «con cierta especie de carácter militar» —decían los liberales—, si bien solo dos armados, uno con pocos fusiles y otro desarmado.

Otros jefes carlistas, de su lado, habían dado pasos para incrementar la eficacia de los voluntarios realistas, base de sus fuerzas. Por ejemplo, Verástegui, en Vitoria, a fines de octubre decidió que solo los solteros quedasen en filas, y promulgó un llamamiento general a los hombres en esa situación, de 18 a 40 años, a los que encuadró con oficiales de su elección, en tercios, equipados y vestidos «sencillamente». Algo similar hizo la junta de Castilla la Vieja, a principios del mes siguiente, pero ambas medidas tuvieron un éxito solo relativo. Conviene señalar, en todo caso, que ambas eran coercitivas, lo que no impidió a las autoridades carlistas seguir designando a sus hombres como «voluntarios».

Los carlistas de las tres provincias reconocerán también como jefe al elegido por Navarra, aunque en la práctica Vizcaya actuará durante tiempo con casi total independencia.

Con la asunción del mando por Valdés y Zumalacárregui, respectivamente, la guerra adquirirá un estilo «a lo cosaco»², que, para la mayor frustración de los liberales, pervivirá durante meses. Realizarán estos inagotables marchas, en extenuantes condiciones; casi a ciegas, porque no disponen de guías fiables; en medio de una población hostil y persiguiendo a un enemigo «connaturalizado con el terreno»; fielmente apoyado por los habitantes, que le facilitan información, ayuda y refugio, y que solo planta cara cuando y donde le conviene. Los choques son breves y violentos, lo que necesita el general de don Carlos para ir fogueando y ahormando a sus hombres de forma progresiva, y terminan en una bien calculada retirada, por varias direcciones, que culmina en una posterior concentración, en un punto previamente fijado, mientras, los de la reina, jadeantes se reorganizan. Inevitablemente, la necesidad de avituallarse les obligará a retirarse a sus bases, acarreado una porción de despeados, enfermos y, con frecuencia, heridos.

En cambio, los generales cristinos, con pocas excepciones, no entienden esa guerra. Lo reconocerá públicamente el ministro del ramo, en su *Exposición del estado actual* de su departamento, en fecha tan avanzada como diciembre de 1837, cuando se quejó en el Congreso del «funesto error sobre la verdadera índole de la guerra» de «lo perjudicial» de aplicar «reglas y principios que ni aún podrían admitirse en toda su latitud para el caso de una conquista». Era una acusación que se hacía eco de las formuladas por sus antecesores en 1834

² Leonardo Bonet, *Apuntes sobre la guerra en Navarra*, Valladolid, imprenta de Aparicio, 1835, p. 10.

y 1836. Lamentablemente, sería un mal que se prolongaría, al menos, hasta entrado el siglo XX. Al respecto, Mola expresó su perplejidad por el hecho de que en España nunca se había elaborado una auténtica doctrina de la guerra antiguerrillas, a pesar de que habían tenido tal carácter la mayoría de los conflictos en que había participado el Ejército desde 1809, cuando empiezan las campañas de Emancipación. Por contra, en las academias y escuelas solo se estudiaban las operaciones de los grandes capitanes de la Historia, al frente de innumerables ejércitos, cuando era evidente que, por su práctico aislamiento internacional, y sus dimensiones demográficas y económicas, difícilmente un general español se iba a ver jamás en esa tesitura.

Con Zumalacárregui ya a al mando, los combates, muy conocidos, se suceden, siempre a su elección: Nazar y Asarta, el 29 de diciembre; Güesa, el 3 de febrero de 1834; Urdániz, 18; Abárzuza, el 29; venta de Alsasua, el 22 de abril; 18 de junio, Venta de Gulina; Muez, el 26; Artaza, 31 de julio; Peñas de San Fausto, 19 de agosto; Eraul y Viana, a principios de septiembre, con el brillante estreno de la caballería carlista; Alegría, 27 de octubre; Venta de Echávarri, al día siguiente; incursión en la Ribera, en noviembre. Todos ellos son muy parecidos; o bien los carlistas esperan el ataque en una posición fuerte, para romper el contacto cuando lo juzgan oportuno o necesario, o bien asestan ataques duros golpes contando con la ventaja de la sorpresa. Son acciones calculadas, en las que los de don Carlos sufren menos bajas que sus enemigos, y al tiempo refuerzan su confianza, a medida que disminuye la de los adversarios.

Durante esos meses, tiene lugar un acontecimiento importante. Don Carlos escapa de Portugal por cortesía de Su Graciosa Majestad, en una interpretación lata de la alianza hispano-británica, que causó el lógico despecho en Madrid. Luego, en un rocambolesco viaje a través de Francia, llega a Elizondo, el 15 de julio. Ascenderá a Zumalacárregui a teniente general, pero le confirmará en el mando solo jefe del estado mayor general, reservándose él la autoridad militar suprema.

Con la presencia del infante, su causa adquiere renovados bríos, pero, a la vez, va a verse lastrada por una creciente corte, cuyas intromisiones en cuestiones bélicas resentirá Zumalacárregui, acostumbrado a seguir sus propios criterios.

Mientras, los generales cristinos fracasados se suceden. En febrero de 1834, Quesada releva a Valdés. Tras un intento fracasado de negociación, solo cosechará reveses, pese a su previa experiencia militar en Navarra. Le sustituye en julio Rodil, que se desgasta en una estéril persecución de don Carlos, al tiempo que Zumalacárregui campa por sus respetos. En septiembre, se decide dividir el mando, lo que no favoreció a los liberales; Mina se

encargaría de Navarra, y Osmá del País Vasco. Para entonces, el ejército liberal, si bien sumando guarniciones, superaba los 24.000 hombres, no tenía más que 15.000 disponibles para operaciones. Por otra parte, la guerra había adquirido, por ambas partes, tal monstruosa crueldad entre compatriotas que es preferible no incidir en ella.

Se depositaron grandes esperanzas en Mina, navarro y guerrillero de enorme prestigio, pero no tardó en defraudarlas. Envejecido, enfermo, se adaptó mal al papel que estaba obligado a jugar, el inverso al que había desempeñado en la Guerra de Independencia. Quizás por ambos motivos puso toda su confianza en Luís de Córdova, un general que era lo opuesto a él: joven, de familia antigua, refinado, y crecido entre la Guardia y embajadas.

A pesar de su casi total inexperiencia –debía todos sus empleos al favor real, y desde teniente no había mandado a un soldado–, resultó más eficaz que lo habían sido sus veteranos compañeros.

Como en la famosa novela de Conrad, él y Zumalacárregui se batieron en un duelo, en distintos lugares, y con resultado diverso. El primer episodio fue en Mendaza, el 12 de diciembre, quizás la más ambiciosa batalla presentada por el carlista hasta entonces, que no dio el resultado apetecido porque la precipitación de Iturralde descubrió prematuramente su plan. Fue un forcejeo largo y sangriento –solo el mejor batallón de don Carlos, el de Guías, perdió nueve oficiales–, en el que ambos generales tuvieron que arriesgar sus personas para restablecer situaciones críticas, pero, al fin, Zumalacárregui se tuvo que retirar, batido en ese encuentro que le fue –lo afirma el muy fiable Zaratiegui– «desventajosísimo».

Pero no desmoralizado, como demostró en el siguiente choque, en el puente de Arquijas, solo tres días después, donde Córdova no pudo forzar su posición y se vio obligado, a su vez, a retirarse. Culpó a quien fue uno de los más peligrosos enemigos de los carlistas en ese teatro de operaciones, aunque luego, en el Maestrazgo, su actuación fue más discutida; se trataba de Marcelino Oráa, el *Lobo cano*, otro navarro, antiguo guerrillero de Mina. Su general le acusó en su *Memoria justificativa* de haber hecho fracasar la maniobra que había concebido, por la lentitud con que ejecutó *un movimiento envolvente, destinado a ser decisivo, lo que el propio Oráa, ya dolido por creer que Córdova no había realizado como merecía su participación en Mendaza, negó con energía*, a través de una *Representación* al gobierno, y como expone su biógrafo, Chamorro.

Caso frecuente en aquella guerra, ambas partes se atribuyeron el triunfo. La *Gaceta de Madrid*, por ejemplo, consagró cuatro números, uno de ellos extraordinario, entre diciembre de 1834 y enero de 1835, a exaltar ambos combates.

El 5 de febrero de 1835, Arquijas volvería a presenciar otro combate, esta vez entre Lorenzo, reemplazo de Córdova, que había dejado el ejército alegando su mala salud, y *Oráa contra Zumalacárregui*. Se saldó en un fracaso sin paliativos para los primeros.

Poco más de un mes después, el 12 de marzo, Mina y el general de don Carlos tendrían su primer y último enfrentamiento, en Larremiar. Para entonces, el viejo guerrillero, atenazado por la mala salud, era una sombra de sí mismo; tuvo que salir a campaña montado en una mula cubierta con un «armatoste» como dice Iribarren, una capota de cuero plegable, con una ventana de cristal. La operación fue una pesadilla para los liberales; azotados por un tiempo infernal, acosados como fieras por sus enemigos, apenas se salvaron del aniquilamiento, lo que debieron a la pericia de Oráa, que cubrió la desastrada retirada, y –cuenta Du Casse– a un truco de viejo zorro de Mina, que hizo llegar a sus enemigos un mensaje falso, que los llevó a aflojar la presión en un instante crítico. En sus *Memorias*, y en su parte publicado en la *Gaceta* del 28, Mina se presenta como triunfador; la realidad, es que allí quedó enterrado entre la nieve su prestigio militar. Con él, dejó su capota y, como recuerdo, se llevó un balazo, que detuvieron los pliegues de la esclavina, la levita y el chaleco que llevaba.

Desesperanzado, renuncia al mando. Le sustituye Valdés, que de nuevo se calza las botas de campaña. Decidido a terminar la guerra mediante un golpe definitivo, tiene la osadía de penetrar en el valle de las Amézcoas, el baluarte de Zumalacárregui. Fue un calvario de dos días para sus tropas, ateridas, perdidas en un terreno ignorado y abrupto, estiradas en una larga columna que es fusilada por los carlistas. El II batallón del Regimiento Ligeros de Aragón, recientemente deshonrado en Madrid con el infame asesinato de un general³ –preludio de otros que seguirán– cubrió la acelerada retirada, que tiene mucho de fuga. Más de 1.000 de los 16.000 hombres empleados fueron baja entre el 22 y el 23 de abril, a manos de solo 5.000. Naturalmente, ambos bandos se proclamaron victoriosos⁴, pero el único triunfo de Valdés fue sobrevivir a la trampa en la que se había metido.

Tras esta nueva derrota, este y el dispositivo liberal se desploman, y plazas y pueblos fortificados son evacuados con precipitación. Da una idea

³ Canterac, un sobresaliente jefe de caballería, que había ganado sus entorchados en América.

⁴ Es un ejercicio curioso comparar los partes que ambos contendientes publicaban sobre las distintas batallas; discrepan en todo, menos las fechas. En este caso, el de Valdés figura en la *Gaceta* de 1 de mayo; el de Zumalacárregui, en extracto, en Marcelo Núñez de Cepeda, *El hogar, la espada y la pluma de Zumalacárregui*, Vitoria, Imprenta del Montepío Diocesano, 1963, pp. 253-256.

de las dimensiones del caos que Zumalacárregui ha creado, que la cifra de sus capturas entre marzo y junio asciende a 140 oficiales, casi 7.300 soldados, entre 10 y 12.000 fusiles y 20 cañones.⁵

La única noticia alentadora fue la firma, entre el 24 y el 27 de abril, del conocido como Convenio Eliot, orientado a limitar las matanzas perpetradas por unos y otros. Fue un baldón para España que resultase precisa para ello la intervención británica, como lo había sido la francesa, con el mismo motivo, durante la Guerra Realista. Aun así, sectores liberales protestaron por el acuerdo, ya que ponía en el mismo plano jurídico a los dos bandos. Al parecer, juzgaban más importante salvar las apariencias que poner término a asesinatos de españoles por españoles.

Con el derrumbe de los cristinos, se abren amplios horizontes y alternativas para sus rivales. Zumalacárregui, que nunca pierde la ecuanimidad, aboga por un avance metódico, en mancha de aceite, que bien ejecutado, puede llevar a Madrid. Pero el entorno de don Carlos, impaciente, piensa de otra manera. Necesita con urgencia una gran ciudad, por sus recursos y porque, piensan, puede acarrear el soñado reconocimiento de su causa por las potencias conservadoras de Europa.

Contra su mejor criterio se ve obligado a renunciar a su mejor baza, la movilidad de sus tropas, y a poner en juego en su punto más débil, la artillería y los ingenieros. El 13 de junio planta sus exiguas baterías frente a Bilbao. Un tiro casual, el 15, y una herida mal tratada pondrán fin a sus días, el 24.

Con él, el carlismo perdió su mejor espada en el Norte, si bien quizás donde menos se lamentó la desgracia fue en el Cuartel Real, resentido por la resistencia del general a dejarse influir. Ninguno de los sucesores que tuvo rayó a su altura; peor, aún, los corifeos del infante fueron ganando influencia en el ámbito militar, con desastrosos resultados.

EL EJÉRCITO CARLISTA EN 1835

A su muerte, el general dejó en herencia una magnífica arma, un ejército bien organizado y acostumbrado a la victoria. Había perdido, sin embargo, parte de su carácter. Aunque la coerción intervino desde un principio en la formación de las unidades, estas habían contado inicialmente con numerosos voluntarios. Al poco de su llegada, don Carlos había decretado, el 15 de septiembre, una movilización general de los hombres de 18 a 40 años, en contra del criterio de Zumalacárregui, que se preguntaba la utilidad de

⁵ *Essai historique sur les Provinces Basques*, Burdeos, R. Techenev, 1836, pp. 354-355.

restar a la agricultura brazos que no podían armar. No obstante, la medida se ejecutó, y así se crearon los batallones 7º a 9º, aunque los dos últimos fueron bautizados durante meses como de *los palos*, hasta que se les pudo dotar de fusiles capturados.

Ese primer reclutamiento en gran escala fue posible, de un lado, porque, se dijo, tras tantos años de inestabilidad la guerrilla se había convertido en una ocupación «predilecta» de los hombres; de otra, porque, según alguna estimación⁶, en Navarra sobran, por falta de trabajo para ellos, 4.000 jóvenes. Sin embargo, a medida que se sucedieron los alistamientos, las resistencias sociales a ese impuesto de sangre –y a los materiales– fueron en aumento, hasta el extremo de crear serios problemas.

En junio de 1835, Zumalacárregui había conseguido la hazaña de formar, sin dejar de combatir, 13 batallones en Navarra, incluido uno de Guías; uno de esta clase y otros 5 en Álava; 6 en Guipúzcoa y 8 en Vizcaya. La caballería consistía en el Regimiento de Lanceros de Navarra, con cuatro escuadrones, más sendos escuadrones sueltos en las tres provincias vascas. La artillería disponía de 28 piezas. Habría que sumar a la infantería 6 batallones de castellanos, nombre con el que la terminología carlista designaba a los que no eran oriundos del Norte, formados por hombres procedentes del ejército liberal, bien como desertores o como prisioneros que deseaban escapar de las tristes condiciones en las que se les mantenía. El conjunto de los cuerpos sumaba unos 28.000 infantes y 800 jinetes.

Los batallones tenían una organización convencional: 6 compañías de fusileros o de centro, y dos de élite, una de ellas de granaderos y otra de cazadores. Los requisitos que para estas exigía el ya citado *Reglamento* para los Voluntarios realistas, de 1831, son explícitos: los granaderos, destinados en principio a encabezar los choques, se elegían entre hombres «bizarros y experimentados, de buenas costumbres y mejor talla»; los cazadores, utilizados para las escaramuzas, debían ser «de buena conducta, bizarría, agilidad, viveza y menor talla». En la práctica, los carlistas –y los liberales en menor grado– emplearon indistintamente, y sin tasa, a los unos y a los otros en cualquier acción arriesgada

En general, su nivel de instrucción era mediocre. En la época, había tres tipos fundamentales de formaciones: la guerrilla, la línea y la columna. La primera, que prelude cualquier encuentro, se constituía por parejas de hombres, desplegados en orden abierto, y apoyados por núcleos de tropas. Los de don Carlos eran maestros en esa técnica, y llegaron a emplear así a batallones enteros. En cuanto a la línea, estaba formada por soldados colocados hombro con hombro, con solo dos o tres de fondo. Tenía la ventaja

⁶ *Fastos españoles*, Madrid, imprenta de don Ignacio Boix, 1840, vol. II, p. 320.

de poner un gran número de ellos en contacto con el enemigo, pero requería espacios abiertos y mantener una impecable alineación. Era, por otro parte, frágil por su escasa profundidad y sus flancos resultaban muy vulnerables.

Por fin, la columna, o masa, según el término de origen austriaco, tenía frente estrecho y lados prolongados. Sus ventajas y sus inconvenientes eran opuestos a los de la línea. Es decir, se podían mover por terreno más cerrado, estaba menos expuesta a operaciones envolventes y presentaba menos efectivos al adversario. En ella solo combatía, de hecho, la cabeza, sistemáticamente integrada por las compañías de preferencia, es decir por hombres escogidos.

Era la formación favorita en la mayoría de los ejércitos europeos, y, por supuesto, el de don Carlos, por requerir menor instrucción que la línea, propia de tropas profesionales, como las británicas, o de excelente calidad. De ahí que esta fuese utilizada poco por los liberales y aún menos por los carlistas.

Una última clase de despliegue era el cuadro, ante la caballería. Aunque relatos contemporáneos apuntan a su empleo, en algunas ocasiones, por los carlistas, parece más probable que se trataran en realidad de columnas cerradas, habida cuenta de las complejas evoluciones que requería, y en presencia del enemigo.

LOS SUCESORES

Al poco del fallecimiento de Zumalacárregui, los carlistas levantaron el sitio de Bilbao, elevado por los liberales a categoría de mito, si bien las escasas bajas de los defensores –27 muertos y 125 heridos⁷– no apuntan a un empeñado asedio. Ambos bandos, tras algunas vacilaciones, nombraron nuevos jefes militares. La regente doña María Cristina recurrió a Fernández de Córdova; don Carlos, al teniente general González Moreno, con el título de jefe del estado mayor general. Era un militar de capaz, de larga experiencia, pero con el pecado original de ser «castellano» por haber nacido en Cádiz, lo que dará lugar a suspicacias de los vascos y navarros, debido al espíritu «provinciano» cada vez más enraizado a medida que aumentaba la llegada de españoles de otras regiones, pronto bautizados despectivamente como «ojalateros». Empezó su gestión teniendo que abordar dos problemas adicionales. De un lado, la tan personal dirección del Ejército por Zumalacárregui, que apenas dejó tras de sí ninguna documentación administrativa. De otro, el cambio de carácter de la guerra, crecientemente más regularizada, con efectivos más numerosos y choques menos frecuentes, debido a la evacuación del interior realizada por Valdés.

⁷ *Reseña histórica del memorable sitio de Bilbao*, Bilbao, Imprenta de N. Delmas, 1835, p. 59.

El 15 de julio de 1835, los dos rivales se enfrentan en Mendigorriá. El carlista, quizás no conociendo bien a sus tropas, las despliega en línea, formación desusada para ellas, y que superaba sus niveles de instrucción. Conjuga ese error con otro no menor, ya que toma posiciones con el río Arga, franqueable solo por un estrecho puente y algunos vados, a sus espaldas. Córdova se percata de ello, y lanzará ataques frontales con poderosas columnas que rompen el frágil dispositivo. Como pueden, los de don Carlos escapan, con el propio infante mezclado con ellos. La solidez del 2º y del 3º de alaveses, siempre famosos por su imperturbable disciplina, evita una catástrofe mayor. En el lado contrario se lucieron los regimientos 1º y 4º de la Guardia, más fiables en el campo de batalla que en el de la política.

Los liberales se apresuraron a lanzar las campanas al vuelo. Aunque el ejército carlista sobrevivió, debido a una serie de errores, aquel fue «el primer éxito considerable obtenido por las armas de la reina»⁸. El entonces ministro de la Guerra lo explica: «el triunfo, por estériles que fueron sus resultados, nos fue de gran utilidad para la moral»; de ahí que «se le dio toda la importancia posible»⁹.

En efecto, desde hacía meses solo habían llegado del Norte noticias de desgracias; por otro lado, la primavera y el verano de ese año presenciaron una sucesión de algaradas y pronunciamientos revolucionarios, con la consabida quema de conventos y el asesinato de otro general, que amenazaron con desestabilizar a la retaguardia cristina, llevándose por delante dos gobiernos sucesivos.

La situación fue tan crítica que Valdés y sus mandos habían impetrado al gabinete para que solicitara la ayuda extranjera, en virtud del tratado de la Cuádruple Alianza, en un palmario reconocimiento de su incapacidad para vencer a los carlistas. Los tres países cofirmantes acabaron por acceder, pero cada uno de forma distinta. Gran Bretaña prestó la colaboración de su Armada y aceptó el reclutamiento de voluntarios en su suelo; Francia cedió, en bloque, su Legión Extranjera; Portugal envió tropas regulares. Las aportaciones fueron de distinto valor: los británicos, reclutados entre la hez de distintas ciudades, mala fuente de alistamiento, ya que se consideraba preferibles a los campesinos, plantearon graves problemas de disciplina. Los legionarios tampoco resultaban fáciles de manejar lejos de la línea de fuego, pero en ella eran magníficos. Unos y otros sufrieron por el lamentable estado de la Hacienda, incapaz de cumplir sus compromisos en cuestiones

⁸ Georges de Lacy Evans, *Memoranda of the contest in Spain*, Londres, James Ridgway, 1840, p. 29.

⁹ Pedro Agustín Girón, marqués de Las Amarillas, *Recuerdos*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1981, vol. III, p. 147.

como haberes, alimentación o vestuario, lo que implicaba pobreza, hambre y desnudez para el soldado; se decía que solo españoles podían soportar tan penosas condiciones. En cuanto a los portugueses, sólidos y disciplinados, no tardaron en ser reclamados por su propio país.

Con todo, esas fuerzas, que empezaron a llegar en agosto de 1835, supusieron un complemento quizás decisivo para el maltrecho ejército de doña María Cristina.

Tras su victoria, Córdova empezó a aplicar la estrategia que se había trazado. Persuadido de que la imposibilidad de conquistar por la fuerza el territorio carlista, prefirió cercarlo, y reducirlo por consunción, como si de una ciudadela se tratara. Empezó, por tanto, a erigir una serie de líneas, destinadas a cerrar el acceso a los recursos de las regiones adyacentes. No se trataba, desde luego, de un muro utópico, sino de una serie de puntos fortificados, apoyados por unidades móviles, que harían costosas, si no imposibles, las incursiones enemigas de alguna envergadura.

El plan tuvo sus entusiastas y sus detractores, pero tenía dos defectos insalvables. Exigía una cantidad inalcanzable de hombres y de recursos, y requería la sincera colaboración francesa, que nunca se obtuvo durante largos periodos. El general incluso llegó a proponer que tropas del país vecino estableciesen un cordón sanitario al sur de los Pirineos, pretensión que, al margen de lo que pensara París, no podía aceptar la dignidad nacional.

Su rival, asediado por enemigos en su propio campo, nunca llegó a recuperarse de Mendigorriá. En octubre fue reemplazado por Nazario Eguía, con el título de general en jefe, no ya jefe del estado mayor. Se trataba de un curtido teniente general, procedente del acreditado Real Cuerpo de Ingenieros, y con la ventaja añadida de proceder de vieja familia duranguesa. Sus opiniones políticas también eran impecables; le habían costado ser víctima de un atentado que le destrozó la mano derecha, de forma que sólo podía escribir con la ayuda de un artilugio diseñado al efecto.

Tanta virtud, sin embargo, estaba opacada por un temperamento imposible. Alguien que le conoció dijo de él que fue «sin disputa, el general de mayores conocimientos, no solo entre los carlistas, sino entre los de ambos ejércitos; como general es digno de todo elogio, como hombre, adolece de defectos» ya que era «intratable por su carácter impropio de su elevada posición, es altivo con el desgraciado, demasiado humilde con el poderoso»¹⁰. En efecto, llegaba a insultar a sus subordinados.

¹⁰ Anotación manuscrita que figura en el ejemplar de la *Galería Militar Contemporánea*, Madrid, establecimiento tipográfico de Benito Hortelano, 1845, vol. II, p. 167, que posee quien esto escribe. Por el tenor de los comentarios, su autor, sin duda, conoció personalmente a los principales generales de ambos bandos.

A Eguía le debió el carlismo un éxito no desdeñable, como fue frustrar en Arlabán, entre el 16 y el 18 de enero de 1836, una maniobra de Córdoba dirigida a perforar la línea enemiga, con el concurso de Espartero, británicos y franceses. En gran medida vino forzada por la insistencia del gobierno para que obtuviera una victoria, a fin de tranquilizar a una parte de la población, que continuaba soliviantada, y cometiendo desmanes como asesinar a dos generales más, uno de ellos Quesada. La *Gaceta de Madrid*, desde luego, en su número del 22, presentó la batalla como una victoria; lo mismo hizo, en el bando contrario, la *Gaceta Oficial* publicada en Oñate¹¹. El propio Córdoba, que tenía una veta seudo napoleónica –en Mendigorria había señalado «la Eternidad» como punto de eventual retirada– felicitó a sus tropas destacando que «las águilas volaban más bajas» que las cúspides coronadas por sus tremendos esfuerzos. Bien se merecían los elogios; combatieron bajo la lluvia, sin leña para calentarse y para cocinar, muchos sin capotes y con pantalones de verano. Pero el general se vio obligado a retroceder y perdió, sin fruto apreciable, cientos de hombres en sangrientos choques en aquellas cumbres. En mayo volvió a intentarlo, sin mejor suerte, mientras en el entretanto, su rival le asestó duros golpes en Guetaria, Balmaseda y Plencia, mostrando que la actitud de «defensiva prudente» que había adoptado no equivalía a pasividad.

Sin embargo, su estrategia contraria a las expediciones, materia que se analiza en otro lugar, acabó por costar el mando a Eguía. Ocupó su lugar en junio Bruno Villarreal, un joven alavés de meteórica trayectoria, de corta experiencia militar, muy querido y, también, más influenciado.

No se enfrentaría a Córdoba. Este, disgustado por los acontecimientos, culminados en el vergonzoso motín de La Granja, que llevó aparejado el restablecimiento de la Constitución de 1812, cesó su cargo, tras haber presentado varias dimisiones, rechazadas. Tan disconforme estaba que partió para Francia sin esperar a la preceptiva Real licencia. Le sustituyó, con su recomendación, Espartero, que daría al ejército de la regente una estabilidad de la que estaba bien necesitado.

El episodio más destacado del periodo de Villarreal sería el establecimiento de un nuevo sitio de Bilbao, recomendado, entre otros, por Eguía, en una junta de la cúpula militar, presidida por don Carlos y celebrada en Durango, el 14 y 15 de octubre. Forzó el asedio el nuevo general en jefe, con la ayuda de la Armada británica, y en el brutal ataque de Luchana, lanzado en la inclemente Nochebuena de 1836, en medio de un temporal de granizo y de nieve. Los carlistas perdieron varios cientos de hombres, aunque menos que sus oponentes, y una parte apreciable de su artillería, y Villarreal,

¹¹ Números de 22 de enero, y 9 y 12 de febrero.

su prestigio como jefe de operaciones complejas. Espartero, que ya tenía a sus espaldas una gran carrera, se convirtió, en cambio, en un héroe para los liberales.

Tras la derrota, hubo un nuevo relevo. Esta vez el escogido por don Carlos fue su sobrino el infante don Sebastián. De origen hispanoportugués, era un hombre de extensa ilustración y un patrón de las artes. Carecía, en cambio, de toda formación militar, ya que su categoría de capitán general fue una concesión graciosa de Fernando VII. Tenía en su contra la circunstancia de haber jurado en su día a doña Isabel como princesa de Asturias, cosa que muchos carlistas, que le sospechaban tendencias liberales, no perdonaban, pero su elevado rango le situaba por encima del común de los mortales. Demostró debilidad por los vasco-navarros, lo que fue acogido con agrado en el Norte.

Seguramente para compensar sus carencias técnicas, se designó a González Moreno para que dirigiera su estado mayor, mientras él asumía el título de general en jefe. Dadas las tendencias pro-castellanas de aquel, cada uno de los dos grandes grupos que configuraban el ejército carlista tuvieron de esa forma su paladín, lo que se tradujo en renovadas rencillas entre ambos.

En marzo de 1837 se le presentó ocasión a la renovada cúpula para demostrar su valía, cuando Espartero puso en marcha una gran ofensiva desde tres puntos, con más de 50.000 hombres, incluyendo las legiones británica y francesa: él partiría de Bilbao; Evans, desde San Sebastián, y Sarsfield, virrey de Navarra, desde Pamplona. La idea era que las tres grandes columnas convergerían de forma sincronizada sobre el territorio carlista, en un incontenible avance, ante la imposibilidad de hacer frente a tantas amenazas simultáneas.

El infante, sin embargo, y pese a que contaba con poco más de 30.000 efectivos, estuvo a la altura de las circunstancias. Aprovechando la ventaja de operar por líneas interiores, salió al paso de Sarsfield, que apenas dejada su capital se apresuró a regresar a ella en cuanto atisbó las boinas carlistas. Luego, se revolvió contra el británico, que solo a costa de rudos combates había avanzado hasta Oriamendi. Tan pronto como llegó, el 18, don Sebastián se arrojó sobre él, asestándole tal empellón que desmoronó toda su línea en breve tiempo, tras intercambios de cargas a la bayoneta, arma más temible, en contra del mito, por sus efectos morales que por los materiales, ya que su peligro residía no en los muy infrecuentes cuerpo a cuerpo, en sentido estricto, sino en los alcances. Los carlistas persiguieron con saña a los vencidos, dejando de lado a sus aliados españoles, también derrotados. Al día siguiente, muchos de ellos, sobre todo del 4º de Navarra y el 6º de Guipúzcoa, las unidades que más se distinguieron, se pavoneaban vistiendo las casacas rojas cogidas en la desalada huida.

Espartero, que había llegado combatiendo hasta Elorrio, al ver melladas dos de las puntas de su pretendido tridente, tuvo que replegarse.

Según algunos, el éxito se debió en exclusiva al infante, ya que el prudente Moreno desaprobó, por demasiado audaces, sus arriesgadas maniobras. No deja de ser singular que tanto aquel como Córdova, generales sin conocimientos técnicos, figuraran entre los más eficaces de sus bandos respectivos, por encima de hombres encanecidos en el servicio de las armas.

URANGA

Cuando, en mayo, se puso en marcha la Expedición Real, quedó al mando del Norte José de Uranga, guipuzcoano, ayudante de campo del infante, que le asciende a teniente general. Se trata de un carlista de la primera hora, antiguo subordinado de Jáuregui en la Guerra de Independencia y compañero en ella de Zumalacárregui. La partida de don Carlos con el grueso de sus tropas, a las que luego se unieron las de Zaratiegui, le dejó casi sin efectivos para defender el extenso territorio que le fue confiado. Cumplió, no obstante, su misión con habilidad, ayudado por su jefe de estado mayor, el navarro Juan Antonio Guergué, hombre en principio poco apropiado para tal puesto, habida cuenta de que se le consideraba arquetipo de los llamados «brutos» por oposición a los militares profesionales «de carta y compás».

Uranga, leal subordinado, se fija como objetivo atraer sobre sí el mayor número posible de tropas enemigas, para facilitar los movimientos de ambas expediciones. Asesta su primer golpe contra Lerín, a 50 kilómetros al suroeste de Pamplona, en la línea liberal de la Ribera. La toma el 29 de mayo, con la ayuda de complicidades internas, cogiendo 400 prisioneros y una pieza. Luego, se retira, tras demoler las fortificaciones.

Antes de que pueda emprender nuevas operaciones, se entera de que Espartero camina hacia Pamplona, para seguir a la Real, por lo que se dirige contra él, y hostiga su marcha, hasta que, con bajas, alcanza la capital navarra.

Tras la partida, en julio, de la columna de Zaratiegui, se vuelve contra Peñacerrada, pese a que se ha quedado solo con una veintena de batallones y, en sus propias palabras, «un único escuadrón» aunque cuenta con la totalidad de la artillería, ya que don Carlos no se ha llevado consigo ningún cañón; hará generoso uso de ella. El 27, la plaza capitula, con su guarnición de unos 400 hombres y cuatro piezas. Con ello, corta las comunicaciones entre Logroño y Vitoria, y gana acceso a la rica Ribera alavesa, por lo que decide retenerla.

En septiembre, tiene que enfrentarse a una asoladora incursión de O'Donnell, que ocupa Hernani y Urnieta, y llega hasta Andoáin. El choque se produce el 14; con una finta, Uranga engaña a su rival, y lanza un inesperado ataque contra su izquierda, desestabilizando toda su línea. O'Donnell, tras derrochar en vano pruebas de valor, se salva como puede, «en caballo ajeno y sin tricornio»¹². La fuerza de su mando queda deshecha. Estaba integrada por unidades españolas y por la denominada Nueva Legión Británica, constituida sobre los restos de la diezmada primitiva¹³, cuyo contrato había vencido en junio. Como en Oriamendi, los carlistas se cebaron en los ingleses, Los 114 prisioneros que cogieron eran todos españoles. Uranga asegura que los muertos superaron el millar, y que sus bajas fueron menos de seis muertos y de 40 heridos, cifras que parecen inverosímiles. Se apresuró a fortificar lo conquistado, abriendo una brecha en el sistema de líneas que dejó Córdoba.

Su siguiente golpe está dirigido al mismo objetivo. Envía tropas a controlar los valles pirenaicos, tradicionalmente liberales, de Aézcoa y Salazar, y, más tarde, Guergué opera sobre la línea de Zubiri, tomando el vital reducto de Íñigo, con lo que se establece en la frontera con Francia y con el Alto Aragón. Así, deja a la Navarra cristina en angustiosa situación de aislamiento.

Incansable, Uranga pone sitio a Peralta, a unos 60 kilómetros al sur de Pamplona. Cae en sus manos el 30, capturando, dice, 600 hombres. La ciudad le permite el acceso a las fértiles orillas del Ebro y del Arga, por lo que, a instancias de Francisco García, comandante general de Navarra, decide retenerla, dejando una guarnición, aún a sabiendas de que, por su posición avanzada, era muy vulnerable. En efecto, los cristinos no tardaron en recuperarla.

Su último triunfo será la ocupación, el 10 de octubre, de El Perdón, evacuado por sus defensores.

El regreso de la Expedición Real al Norte lleva consigo el fin de su mando. Lo había desempeñado, sin duda con eficacia, aunque muchos, como Barres du Molard y Mazarrasa, criticaron su criterio a la hora de elegir las plazas que retuvo y las que abandonó. Otros, entre ellos, Camarero, lo defienden. En todo caso, su gestión fue meritoria, superior de lo que cabía esperar de su escaso prestigio.

¹² Antonio Pirala, *Historia de la Guerra Civil*, Madrid, imprenta de Dionisio Chauhié, 1869, vol. IV, p. 250.

¹³ Sir Rutherford Alock, en sus *Notes on the Medical History and Statistics of the British Legion in Spain*, Londres, John Churchill, 1838, p. 9, señala que de sus 10.000 efectivos, 401 murieron en combate y 228 de sus heridas, mientras que los heridos fueron 1.692 y los fallecidos por enfermedad, 1.850. Las bajas totales superaron, por tanto, la cuarta parte del total.

La vuelta de don Carlos llevó aparejada traumáticos cambios. Aparte de los que se produjeron en el terreno político, en el ámbito militar fueron radicales. Don Sebastián y González Moreno dejan sus respectivas responsabilidades; Zaratiegui, Elío, de la Torre y Villarreal, entre otros, son encausados –como ya lo estaba el célebre general Gómez–, o desterrados y el infante en persona asume el mando del ejército y Guergué es designado jefe del estado mayor general. Se trató de una auténtica purga, el principio del fin, como luego se vería.

Acabó 1837 con ambos bandos al borde del límite. En el campo carlista, la frustración de las grandes esperanzas puestas en la Real, el agotamiento de los recursos humanos y materiales, la creciente resistencia a las exacciones en hombres, dinero y especies, han creado un ambiente general de descontento, del que se hacen eco los organismos forales. Para paliar la carga que recae sobre la población y hacer frente a la crisis de efectivos vasco-navarros, se constituye una espléndida división castellana, que pronto será dilapidada.

En el lado opuesto, el ministro de la Guerra habla de la «miseria pública» de «la paralización del comercio y de la industria» de «la extraordinaria escasez de las cosechas». La situación de la Hacienda es desastrosa: el déficit llega a los 800 millones de reales, y los retrasos en las pagas superan los diez meses. Mientras, el ejército, famélico, mal vestido, descalzo, continúa sin cubrir las serias carencias que arrastra desde el inicio de la guerra, con reformas esenciales como las de la administración militar, la formación de mandos, la sanidad, la creación de un verdadero estado mayor, empantanadas en interminables reuniones de comisiones y en vericuetos administrativos. Hay una oleada de motines, acompañados de asesinatos, entre ellos los de los generales Sarsfield y Ceballos Escalera, y se suceden los gobiernos impotentes. Todo ello redundará en beneficio de Espartero, que aparece como el único hombre con la energía y el prestigio que requieren la dramática situación.

MAROTO

Pese al resultado de la Expedición Real, y su amarga experiencia personal en Cataluña, Guergué lanzará nuevas columnas al interior del territorio enemigo, que acabaron descalabradas.

No fue más afortunado en campo abierto, cuando Espartero, después de haber reintroducido la disciplina en sus filas a golpe de fusilamientos, marcha en junio de 1838 sobre Peñacerrada, con la intención de recuperar la plaza. Guergué reacciona como deseaba su enemigo, que busca un choque

frontal, y acude en socorro de la ciudad amenazada, pese a que su ejército no está en las mejores condiciones, tras una serie de motines que han afectado a una parte importante de los batallones navarros, cansados de privaciones, de la impuntualidad en las pagas y de los detestados ojalateros. Don Carlos tuvo que intervenir en persona y hacer una distribución de dinero para calmar los ánimos soliviantados.

El 23, se da la batalla. La resuelve el Regimiento de Húsares de la Princesa, que añade una nueva corbata de San Fernando a las dos que ya había ganado su estandarte en aquella guerra, algo inédito. Las cargas de caballería eran, como las que se hacían a la bayoneta, eran más efectistas que efectivas, pero tenían un efecto moral desproporcionado, y los sables y las lanzas resultan realmente terribles solo cuando el adversario volvía las espaldas, como sucedió. El mismo *Boletín* carlista, órgano tan propagandístico como la *Gaceta de Madrid*, atribuye al ataque de los jinetes liberales el desmoronamiento del dispositivo propio. Desde luego, las dos partes facilitaron datos poco fiables sobre las pérdidas propias y las ajenas, pero resulta indiscutible que Peñacerrada cayó, y que el ejército de don Carlos fue derrotado, dejando en manos de Espartero una cifra considerable de prisioneros, lo que siempre indica un colapso de la voluntad de combatir.

En junio, Maroto sustituye como jefe de estado mayor general a Guergué. La elección fue difícil para el infante, que desconfiaba de él, y más tras su desacertada gestión en Cataluña, donde no tuvo más suerte que su antecesor. Tales eran sus recelos, que al poco de haberle nombrado pidió a algunos de sus íntimos que vigilaran su comportamiento. Resulta posible que fuera designado, en parte, porque el número de posibles candidatos era ya muy reducido. Como se ha visto antes, la cúpula militar había sufrido una severa depuración, y estaba o pendiente de juicio o alejada de la corte. En esta categoría se contaba también Eguía, recluido en un castillo por un motivo baladí, de forma que se había llegado a la extraña situación de que hasta cuatro sucesores de Zumalacárregui se hallaban en desgracia.¹⁴

Por otro lado, el murciano Maroto poseía credenciales atendibles. Hijo de militar, se había iniciado en la carrera de las armas con solo 13 años, y participó en la Guerra de Independencia, siendo dos veces capturado, y escapando ambas, lo que refleja carácter. Marchó luego a América, donde no se distinguió, al tiempo que su difícil carácter hizo que los ayacuchos no le consideraran verdaderamente uno de los suyos. Unió, por fin, su suerte a la de don Carlos en Portugal, donde unas inoportunas palabras malsonantes hicieron pésimo efecto al infante, que nunca le perdonó totalmente esa falta de etiqueta. Incorporado al Norte, no consiguió el mando supremo que

¹⁴ González Moreno, Eguía, Villarreal y el infante don Sebastián.

apetecía, y tuvo un serio y público enfrentamiento con González Moreno, en plena batalla de Arrigorriaga, que se zanjó con el cese de ambos. Tras su insatisfactorio comportamiento en Cataluña al que se acaba de aludir, se encontraba, en desgracia, en Francia, hasta que don Carlos le llamó.

La llegada del general fue mal acogida por la facción apostólica –«fúribunda» la llamaban sus enemigos– que constituía el entorno del infante. Ese grupo, de gran influencia, estaba acostumbrado a intervenir en asuntos militares, y vio con reticencia la llegada de alguien extraño, que no compartía sus ideas, sino que, por el contrario, y al que consideraba como cabeza del partido moderado. Por si eso no bastara, Maroto pretendía ejercer su mando sin más cortapisas que la autoridad suprema de don Carlos.

Descubrió enseguida que experimentaría graves dificultades para ello, ante la enemiga de la camarilla. Contrastaba con su precaria situación la creciente pujanza de Espartero, que llegaría a gozar, a fines de 1838, y según su biógrafo José Segundo Flórez, de un «prestigio y poderío de una magnitud colosal, inmensa». Tras haber derrotado de plano a Narváez, su rival y hombre del partido moderado, su palabra sería ley. Haría y desharía gobiernos; las Cortes no le negarían nada; pondría en el ministerio de la Guerra a Alaix, un general de su entera confianza, antiguo compañero de armas en América, y poseería el mando indiscutido de todos los ejércitos, no solo el del Norte.

Desde muy pronto, pues, la posición de Maroto tuvo poco de envidiable, teniendo que atender a peligrosos rivales en dos frentes; el interno, y el exterior. Contaba, sin embargo, con una baza. Las potencias conservadoras, descontentas ante el estado de cosas en el campo carlista, habían bloqueado sus donativos, pero ante la designación del nuevo general los liberaron. De esa forma, Maroto contó con fondos para atender a unas tropas todavía no repuestas de la derrota de Peñacerrada, de los motines de Estella y del procesamiento de prestigiosos militares. Equipos y armas empezaron a afluir y, lo más extraordinario, dinero para atender la paga de los hombres. De ahí, su fulminante popularidad entre ellos. Al tiempo, reforzó el ejército con la formación de cinco nuevos batallones castellanos, llevó a cabo un amplio relevo en la oficialidad, que afectó a más de 300 mandos, y consiguió que se nombrara ministro de la Guerra al marqués de Valde Espina, que le era afín.

No obstante, resulta innegable que las Provincias, exhaustas tras tantos años de guerra, ya no podían mantener unas fuerzas capaces de batirse en igualdad de condiciones con las liberales, que contaban con una base demográfica y económica muy superior. Por eso, trazó una estrategia defensiva, consistente en evitar grandes choques en campo abierto, esperar al adversario en posiciones preparadas y dejar que se desgastara frente a ellas.

Espartero, por su lado, consciente de su superioridad, abogaría por buscar una batalla decisiva con el núcleo de sus fuerzas, mientras que Diego de León y Zurbano desarrollarían, en Navarra y Álava, respectivamente, una campaña de «incendio y arrasamiento» destinada a arruinar las cosechas y doblegar la voluntad de resistencia del adversario. Duras medidas de expulsión al territorio carlista de familiares de mozos enrolados en las filas de don Carlos o de desertores completaban esa auténtica política de terror, aunque su autor prefiriera calificarla de «prudente rigor».

Como era previsible, las tácticas fabianas adoptadas por el nuevo jefe de estado mayor le atrajeron las críticas del cuartel real, que reprochaba su inacción, y que arreciaron cuando el general Francisco García, uno de los integrantes del partido ultra, obtuvo en El Perdón, en septiembre, una victoria que parecía dar un mentís a las cautelas de Maroto.

«CON BARRO HASTA LAS PATILLAS»

Salvo ese combate y el de Sesma, en diciembre, en el que, en cambio, fueron derrotados los carlistas de Carmona, apenas hubo novedades en el frente militar durante el resto de 1838.

En el político, en cambio, Maroto había llegado a una doble conclusión. De un lado, su posición se había hecho insostenible ante las intrigas de sus enemigos internos, que eran en parte reales y, en parte, producto de su carácter desconfiado —«en todo veía siempre horribles fantasmas» afirma un partidario suyo—. De otro, era imperativo buscar una solución a una guerra que no se podía ganar por las armas.

Por eso, y aprovechando un canje de prisioneros, en enero de 1839 hace las primeras aperturas de negociación, a través de un ayudante de campo de Espartero. Martín Echaide, «el arriero de Bargota» mantendría luego abierto ese canal de comunicación. A la vez, y también ese mes, el travieso Aviraneta inicia desde Francia una campaña de intoxicación, con documentos falsificados y la ayuda de las que denomina sus «maniobreras» destinada a incrementar las tensiones internas del carlismo y a debilitarlo, mientras que Muñagorri volverá a alzar, aunque con tan poco éxito como en el año anterior, el peligroso pendón de Paz y Fueros, tan atractivo para unas tropas, hastiadas de una contienda que parecía sin fin. Fracásó, sin duda, como ha estudiado Cajal Valero, pero las líneas generales de su propuesta vertebrarían eventualmente el Convenio de Vergara.

En esa atmósfera de conjuras, intestinas y externas, crecientemente irrespirable, Maroto toma en febrero una brutal decisión; por sí y ante sí, sin

consultar ni a don Carlos ni al Derecho, manda fusilar sin juicio previo y sin siquiera una acusación formal, a destacadas figuras del sector apostólico, encabezadas por los generales Guergué, Francisco García y Pablo Sanz. El 20, casi con displicencia, informa al infante de los hechos. La reacción de este al día siguiente es terminante, y le declara traidor a su causa. Sin amilanarse, el jefe de estado mayor, al frente de tropas leales a él, se pone en marcha sobre el cuartel real, dispuesto a todo. Acobardado, don Carlos se desdice, el 24, y proclama legítima la ejecución, un asesinato, en verdad. Va más allá; admite todas las exigencias que le plantea su teórico subordinado, expulsando a Francia a lo más granado de la facción ultraconservadora y aceptando el nombramiento de un gabinete favorable al que ya es un espadón. Al tiempo, los generales procesados son rehabilitados sin paliativos. Elío será nombrado comandante general de Navarra; La Torre, de Vizcaya; Iturriaga y Alzaá, ratificados en Guipúzcoa y Álava, respectivamente; Urbiztondo recibe el mando de la División de Castilla; Zaratiegui pasa al estado mayor y Villarreal es designado ayudante de campo del infante.

Si con estas medidas Maroto creía que había resuelto sus problemas, se equivocaba. Porque el 17 de abril, Espartero se ponía en movimiento desde Villarcayo, con cerca de 30 batallones y un poderoso tren de artillería. Su intención era atacar Ramales, en el extremo derecho de la larga línea carlista, el más vulnerable, en la entonces provincia de Santander. La marcha, sin embargo, es muy lenta, debido a las cortaduras practicadas en los caminos por los de don Carlos, y a un clima atroz, de nieblas, lluvia y nieve —el general cristino escribirá a su esposa que estaba «con barro hasta las patillas»—.

Maroto tiene así tiempo de reaccionar, y acude al punto amenazado con las tropas disponibles, menos de la mitad que las de su adversario. Se instala en el valle de Carranza, desde donde será un mero testigo de los subsiguientes acontecimientos.

Se desarrollarán estos entre el 27 de abril y el 12 de mayo, en lo que globalmente se conoce como la batalla de Ramales, la última importante de la guerra en el Norte y una de las pocas a las que se ha consagrado un estudio detallado¹⁵, una prueba más de las grandes lagunas que todavía existen en la Historia Militar de España.

Resumiendo al máximo, fueron una serie de ataques contra las empinadas líneas defensivas carlistas, siempre con una meteorología adversa. Ambos bandos se batieron con empeño, los de don Carlos presentando una

¹⁵ Ramón Villegas López, *La batalla de Ramales*, Torrelavega, Librucos, 2010. La *Gaceta de Madrid* y la *Gaceta de Navarra y Provincias Vascongadas* recogieron, respectivamente, la visión liberal y la carlista en varios números de ambas publicaciones aparecidos a lo largo del mes de mayo.

obstinada resistencia, esmaltada con brillantes salidas, y los de doña María Cristina superando con tesón todas las dificultades presentadas por el enemigo, la orografía y el clima. Espartero, a la cabeza de su escolta, lanzó dos cargas de caballería, imposibles en aquel terreno, en lo que era su fórmula favorita para restablecer situaciones críticas. Al final, todo cayó en sus manos; quedó para el recuerdo la obstinada lucha por la cueva conocida con el expresivo nombre de la Lobera, y por el fuerte de Guardamino, cuyo comandante se negó a capitular hasta que no recibió una orden expresa de Maroto.

Tras la derrota, este se encontró en incomodísima posición. La timidez demostrada fue objeto de duras críticas de sus propios colaboradores, que no aceptaron como excusa la circunstancia de que durante todas las operaciones Espartero había destinado la nutrida y selecta división de la Guardia, más numerosa que las reservas carlistas, para vigilar los eventuales movimientos de estas. Al tiempo, los apostólicos expulsos conspiraban activamente contra él desde el otro lado de la frontera, mientras que Aviraneta proseguía sus manejos. Una serie de motines en los batallones navarros, estallados en agosto, será el resultado de estas actividades.

En tal tesitura, intensificó sus contactos con Espartero, ya duque de la Victoria de Ramales, título que añade al de conde Luchana, que se va adentrando en territorio carlista, desbordando sus líneas fortificadas, en una marcha de la que el inglés John Moore, que le acompañó, ha dejado puntual constancia¹⁶. Pero el cristino sabe que el tiempo juega a su favor, y se muestra inasequible a las propuestas que su contrario le hace respecto al futuro de don Carlos y de los fueros.

El final tendrá grandes dosis de patetismo. Maroto, abandonado por todos, sin poder apenas, abandonará las conversaciones, y serán La Torre, Iturbe y Urbiztondo los que estampen en Oñate, el 31 de agosto, su firma al pie de lo que se llamaría Convenio de Vergara, una vez que Espartero hubiera revisado su intransigencia en la cuestión foral, al percatarse de que esa, y no los derechos de don Carlos, se había convertido en la cuestión central. El propio Maroto, un hombre desarbolado, para garantizar su seguridad llegó a intentar acogerse a la protección de Gran Bretaña, que habían jugado un relevante papel en todo el proceso, iniciativa que Espartero rechazó por innecesaria y deshonrosa.

En cumplimiento de lo acordado, las divisiones de Castilla y de Vizcaya, y la mitad de la guipuzcoana depositaron sus armas en la campa famosa. El resto de la tropa de Guipúzcoa se desmovilizará de forma menos ordenada. Los navarros lo harán de manera caótica; algunos batallones,

¹⁶ John Moore, «Poco más» *Scenes and Adventures in Spain*, Londres, Richard Bentley, 1845, vol. II.

reducidos a «esqueletos» porque los hombres se marchan en masa a sus casas, pasarán a Francia, siguiendo a Zaratiegui, siempre fiel; otros se presentarán en Estella y en Pamplona. Por fin, algunos, en especial el n.º 11, mancharán su trayectoria saqueando a los civiles y militares que buscan refugio al otro lado de la frontera; el asesinato de González Moreno será el más execrable de sus crímenes.

Don Carlos también pasará al vecino país acompañado por sus guardias; los restos de los cántabros, destrozados en Ramales; el bisoño 5º de Castilla, que estaba en proceso de formación y, naturalmente, los impecables alaveses. Menos estentóreos que los demás vascos y que los navarros se mostraron, a la hora de la verdad, más sólidos. Lo ratificaron el 25 de septiembre, cuando el castillo de Guevara, la última fortaleza carlista de importancia, arriá la bandera, solo cuando responsables de su propio partido lograron «acabar de persuadir» al gobernador del derrumbamiento de su causa. La columna vertebral de la guarnición era una compañía del 3º de Álava.

De esa forma acabó la guerra en el Norte. Don Carlos pagó por su «irresolución» tan criticada por sus leales. No apoyó a fondo ni al general que había elegido ni a los incondicionales apostólicos y al final fue víctima del enfrentamiento del uno con los otros. En cuanto a Maroto, repudiado por tirios y troyanos, derrotado en todos los planos, llevó su soledad a Chile, en busca, dice la leyenda, de un mítico tesoro enterrado en un jardín de Santiago.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBI DE LA CUESTA, Julio: *El Ejército Carlista del Norte*. Desperta Ferro. Madrid, 2017.
- ALCOK, Sir Rutherford: *Notes on the Medical History and Statistics of the British Legion in Spain*. John Churchill. Londres, 1839.
- ARÍZAGA, José Manuel: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra*. Vicente Lalama. Madrid, 1840.
- AVIRANETA, Eugenio: *Memoria dirigida al gobierno español*, Madrid, Narciso Sánchez, 1844.
- AZAN, Paul: *La Légion Etrangère en Espagne*. Charles-Lavauzelle. París, 1907.
- BACON, Francis: *Six Years in Biscay*. Simith, Elder and Co. Londres, 1838.
- BARRES DU MOLARD, Alphonse: *Mémoires sur la guerre de la Navarre et des Provinces Basques*. Dentu. París, 1842.
- BONET, Leonardo: *Apuntes sobre la Guerra de Navarra*. Aparicio. Valladolid, 1835.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: «Don Carlos y Maroto», en *Aportes*, n.º 29, diciembre 1995.
- : *La Primera Guerra Carlista*. Actas. Madrid, 1992.
- BURGO, Jaime del: *Para la historia de la Primera Guerra Carlista*. Príncipe de Viana. Pamplona, 1981. Incluye el *Diario* de Florencio Sanz.
- CAMARERO LÓPEZ: *Supplément historique aux Mémoires sur la guerre de Navarre*. Collignon. Metz, 1845.
- ECHAIDE, Martín: *Reseña histórica sobre los preliminares del Convenio de Vergara*. J. Llorente. Madrid, 1849.
- ESPOZ Y MINA, Francisco: *Memorias*. Atlas. Madrid, 1962, vol. II, *Fastos españoles*. Ignacio Boix. Madrid, 1839-1840.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Luís: *Memoria justificativa*. Tomás Jordán. Madrid, 1837.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Fernando: *Mis Memorias íntimas*. Atlas. Madrid, 1966.
- FERRER, Melchor; TEJERA, Domingo y AEDO, José F.: *Historia del tradicionalismo español*. Editorial Católica Española. Sevilla, 1941-1979.
- FLÓREZ, José Segundo: *Espartero, historia de su vida militar y política*. Wenceslao Ayguals de Izco. Madrid, 1847.
- Galería Militar*. Hortelano y Cía. Madrid, 1846.
- GIRÓN, Pedro Agustín, marques de Las Amarillas: *Recuerdos*. Universidad de Navarra. Pamplona, 1981, vol. III.

- HENNINGSSEN, C.F.: *The Most Striking Events of a Twelve-Month Campaign with Zumalacárregui*. John Murray. Londres, 1836.
- IRIBARREN, José María: *Espoz y Mina, el liberal*. Aguilar. Madrid, 1967.
- LACY EVANS, Sir John de: *Memoranda of the Contest in Spain*. Ridgway. Londres, 1840.
- LÁZARO TORRES, Rosa María: *La otra cara del carlismo vasco-navarro*, Mira. Zaragoza, 1991.
- : *El poder de los carlistas*. Autoedición. Bilbao, 1993.
- MOORE, John: *Scenes and Adventures in Spain*. Richard Bentley. Londres, 1845.
- PAN-MONTOJO, Juan: *Carlistas y liberales en Navarra*. Pamplona, 1990.
- Panorama español*. Imprenta del Panorama Español. Madrid, 1842–1845.
- PEÑA, Enrique de la: *Tío Tomas, los 20 meses memorables de Zumalacárregui*. R.G.M.S.A., 2015.
- PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil*. Imprenta y Librería Universal. Madrid, 1868–1870.
- : *Vindicación del general Maroto*. Urgoiti. Pamplona, 2005.
- PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN: *La Expedición Rodil y las legiones extranjeras en la 1ª Guerra Carlista*. Ministerio de Defensa. Madrid, 2004.
- RÍO ALDAZ, Ramón: «De voluntarios realistas a mercenarios», en *Gerónimo de Ustáriz*, n.º 3, 1997.
- SOJO Y LOMBA, Fermín: *El mariscal Mazarrasa*. Centro de Estudios Montañeses. Santander, 1973.
- SOMERVILLE, Alexander: *History of the British Legion and the War in Spain*. James Pattie. Londres, 1839.
- URANGA, José Ignacio: *Diario de guerra*. Diputación de Guipúzcoa. San Sebastián, 1959.
- URQUIJO, José Ramón: «Los sitios de Bilbao», en *Estudios Históricos III*. Ormaiztegui, 1994.
- VILLEGAS LÓPEZ, Ramón: *La batalla de Ramales*. Librucos. Torrelavega, 2010.
- ZARATIEGUI, Antonio: *Vida de Zumalacárregui*. José de Rebolledo y Cía. Madrid, 1845.